

---

# Conferencias, Aulas abiertas y Seminarios

---

En el año 2002 la Fundación Juan March organizó un total de 51 conferencias con diversas modalidades y temas.

Cinco ciclos de «Aula abierta» se celebraron a lo largo del año, dedicados a los siguientes temas: «Montaigne, Cervantes, Shakespeare: la amistad o el amor», «Origen y evolución del Hombre», «Los sefardíes: una cultura del exilio», «El laberinto de las palabras: Introducción a los diccionarios» y «Las plantas bajo el dominio del hombre». Integrada al menos por ocho sesiones en torno a un mismo tema, el «Aula abierta» consta de una primera parte, de carácter práctico (con lectura y comentario de textos previamente seleccionados), a la que sólo asisten profesores de enseñanza primaria y secundaria (previa inscripción en la Fundación Juan March), que pueden obtener «créditos», de utilidad

para fines docentes. Sigue una segunda parte abierta al público, consistente en una conferencia.

Dentro de los «Cursos universitarios», se celebraron dos ciclos coincidiendo con exposiciones que exhibía en sus salas la Fundación Juan March: «O'Keeffe y su tiempo», con motivo de la titulada «Georgia O'Keeffe. Naturalezas íntimas» (del 8 de febrero al 2 de junio); y «Turner y el mar», con ocasión de la exposición del mismo nombre que desde el 20 de septiembre mostró acuarelas de Turner, procedentes de la Tate de Londres.

Asimismo, se celebró el II Seminario de Filosofía, titulado «El problema del mal en la filosofía política contemporánea». Un total de 12.175 personas siguieron estos actos, de cuyo contenido se ofrece un resumen en páginas siguientes.

## «El problema del mal en la filosofía política contemporánea»

Los días 9 y 10 de diciembre, se celebró en la sede de la Fundación Juan March el II Seminario de Filosofía, titulado *El problema del mal en la filosofía política contemporánea*, que impartió, en dos conferencias, **Carlos Thiebaut**, catedrático de Filosofía de la Universidad Carlos III, de Madrid. En estas conferencias, habló, respectivamente, de «Del mal teológico al daño secular» y «La negación del daño como origen de lo público». En la mañana del día 11 se celebró, también en la Fundación Juan March, un seminario de carácter cerrado.

Tres rasgos definen la experiencia del mal: a) su incomprensibilidad y su inexpresabilidad, pues el mal no nos resulta comprensible; b) su necesidad, pues el mal se nos presenta como una fuerza que no podemos evitar; y c) es una experiencia de la que no podemos escapar y que es, por tanto, inevitable. Esos tres rasgos han encontrado acomodo cultural en la reflexión teológica sobre el mal. La experiencia moral del siglo XX ha cuestionado esa manera de articular la experiencia del mal y esa forma de solventarlo y lo ha hecho acentuando, precisamente, su incomprensibilidad. Las experiencias de daño son normalmente justificadas como necesarias por parte de quien las realiza, ante sí mismo, ante la víctima o ante un tercero que contemple ese acto. Pero encontramos aquí una significativa asimetría: el perpetrador se pertrecha de necesidad, y por ello sigue diciendo que el mal es necesario. Es la víctima o quien la acompaña quien indica, por el contrario, que no era necesario, y por ello que es incomprensible. Vemos la importancia de esta asimetría, pues en ella se encarna la posibilidad misma de lo público, como un espacio de rechazo y de negación del daño.

El daño intramundano, secularizado, puede ahora ser visto como un proceso que constituye en el espacio público su definición y su rechazo. Pues hay un hecho significativo. Hechos y actos que en momentos anteriores de la historia de la especie humana no eran concebidos como conductas y comportamientos rechazables –que no eran definidos como daños– lo han sido en el proceso histórico. La esclavitud o la discriminación de las mujeres son ejemplos

claros de ello. Hay dos dimensiones importantes en este proceso de constitución pública: la primera viene definida por las voces que articulan lo público; la segunda por el proceso temporal en el que esas voces aparecen. La experiencia del siglo XX es especialmente significativa en este sentido, pues en la elaboración de la experiencia histórica del Holocausto, la voz de las víctimas ha ido ganando momento y fuerza. Ha sido posible nombrar determinados daños (mientras otros permanecen en silencio) en la medida en que existen condiciones públicas democráticas para poderlo hacer.

Las condiciones públicas necesarias tanto para la definición de lo que aconteció como para la escucha de las voces de las víctimas parecen requerir una voz en primera persona del plural, el nosotros. Ese nosotros se expresa en forma de la cultura pública de un país en el presente que atiende a los daños acontecidos y hace activo su rechazo. Al mencionar la cultura pública nos referimos también, y de manera especial, a su cultura política, al sistema de decisiones específicas que posibilitan la definición del daño, por medio de su atención, de su análisis y de su juicio, que realizan las sociedades democráticas. Un ejemplo significativo de este papel del nosotros son todos los procesos públicos con los que las sociedades democráticas que han salido de procesos dictatoriales juzgan su pasado. Nombrar el daño, incluso para las víctimas, requiere un espacio público que atienda y que sea capaz, también, de nombrarlo. Esa capacidad puede ser llamada justicia. No sólo la justicia con las víctimas. Sobre todo la justicia como un espacio público en el que no haya daño. La justicia que se ejerce en las sociedades democráticas opera sobre implícitas (y en algunos casos del derecho, explícitas) definiciones de daños; pero, sobre todo, cabe sugerir que la idea misma de justicia no obedece tanto a una idea de orden ideal de equilibrio de bienes y de intereses cuanto a la idea, opuesta, de evitación de daños públicamente definidos. El papel creciente que los derechos humanos han tenido en la autoconciencia social y democrática en los últimos cincuenta años es, en ese sentido, altamente significativo.



Carlos Thiebaut es catedrático de Filosofía de la Universidad Carlos III, de Madrid y miembro del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Es autor de diversos artículos y libros de filosofía moral y política, como *Cabe Aristóteles* (1988), *Los límites de la comunidad* (1992), *Vindicación del ciudadano* (1998) o *De la tolerancia* (1999).

## «Montaigne, Cervantes, Shakespeare: la amistad o el amor»

Del 8 al 31 de enero, **Claudio Guillén**, catedrático emérito de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona, impartió en la Fundación Juan March un «Aula abierta» sobre «Montaigne, Cervantes, Shakespeare: la amistad o el amor». El «Aula abierta» es una modalidad de ciclos de conferencias, que organiza la Fundación Juan March, estructurada en dos partes: a la primera, de carácter práctico y con lectura y comentarios de textos previamente seleccionados, asisten sólo profesores de enseñanza primaria y secundaria que obtienen créditos de utilidad para fines docentes; y la segunda es pública y consiste en una conferencia.

Los títulos de las ocho conferencias públicas que impartió el profesor **Claudio Guillén** fueron los siguientes:

*Martes 8:* Montaigne: *Ensayos* (I, 14; y III, 13).

*Jueves 10:* Montaigne: *Ensayos* (I, 28).

*Martes 15:* Cervantes: *El Quijote* (I, 7-9; II, 16-18).

*Jueves 17:* Cervantes: *Rinconete y Cortadillo*; y *La ilustre fregona*.

*Martes 22:* Cervantes: *El Quijote* (I, 32-35).

*Jueves 24:* Shakespeare: *Ricardo II*.

*Martes 29:* Shakespeare: *El Rey Lear*.

*Jueves 31:* Shakespeare: *Los Sonetos*.

Los tres grandes autores europeos del tardío Renacimiento, Montaigne, Cervantes y Shakespeare, cima cada uno de la literatura en su lengua, suelen estudiarse por separado, como si fueran mundos inconexos. Sin embargo, Cervantes da a la imprenta *La Galatea* sólo cinco años después de la publicación de los *Essais*, que Shakespeare conoció, así como leyó en traducción la Primera Parte del *Quijote*; y Cervantes y Shakespeare murieron el mismo año. Sin duda compartieron temas y procedimientos que les ofrecían la tradición multiseccular de las letras europeas y las preocupaciones propias de su tiempo.

Se puede decir que los tres buscaron respuestas, a veces dispares, a interrogaciones

comunes. Y al propio tiempo, desde una mirada crítica sobre la propia invención, también compartida, fueron forjando dos instrumentos genéricos nuevos, en el sentido moderno de estos términos: el ensayo y la novela. En ese curso se leyeron y comentaron con algún detalle, contrastando las traducciones con los originales, unos textos precisos. Y con ellos se procuró percibir las respuestas a unas pocas preguntas comunes, especialmente dos: la relación entre la amistad y el amor; y la consciencia del desconocimiento de los hombres y las mujeres individuales.

Llevado al exilio por su padre, Jorge Guillén, tras la guerra española, **Claudio Guillén** (nacido el 2 de septiembre de 1924 en París) estudió en Sevilla, París y Estados Unidos, se alistó como voluntario con las fuerzas del general De Gaulle durante la Segunda Guerra Mundial, profesó en varias universidades norteamericanas, como Princeton, California y Harvard, donde dirigió durante años el departamento de Literatura Comparada; y volvió a España en 1983 como catedrático de Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona y luego, ya emérito, en la Universidad Pompeu Fabra. Ha sido profesor visitante en Alemania, Italia, Puerto Rico, Brasil, Sudáfrica y otros países. Es académico de la Real Academia Española.

A lo largo de un centenar de artículos y desde el libro *Literature as System* (1971) hasta *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada* (1985), *El primer Siglo de Oro* (1988), *Teorías de la Historia Literaria* (1989), *Múltiples moradas* (1998) y *Entre el saber y el conocer* (2001), sus temas principales han sido la novela picaresca europea, la novela y poesía españolas del siglo XVI, la poesía del siglo XX, la teoría de los géneros y la teoría de la historia literaria. Recibe el Premio Nacional de Ensayo del año 1999 por *Múltiples moradas*. Ha coordinado la colección «Clásicos Alfaguara» y, en la actualidad, dirige la «Biblioteca de Literatura Universal» (Espasa Calpe).



Claudio  
Guillén

## «Origen y evolución del Hombre»



Del 5 al 28 de febrero se celebró en la Fundación Juan March un «Aula abierta» titulada «Origen y evolución del Hombre». Coordinada por **José María Bermúdez de Castro**, Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, quien impartió dos sesiones, contó también con la participación de **Juan Luis Arsuaga**, catedrático de Paleontología de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense de Madrid (que estuvo a cargo también de dos sesiones); **Eudald Carbonell**, de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona; **Juan Carlos Díez**, profesor de Prehistoria de la Universidad de Burgos; **Ignacio Martínez**, profesor titular en el departamento de Geología de la Universidad de Alcalá de Henares; y **José Miguel Carretero**, profesor titular de Paleontología en el departamento de Ciencias Históricas y Geografía de la Universidad de Burgos. Todos ellos forman parte del equipo de investigación multidisciplinar de las excavaciones y estudio de los Yacimientos Pleistocenos de Atapuerca (Burgos), codirigido por José María Bermúdez de Castro y Juan Luis Arsuaga, y que obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica 1997 y el Premio de Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades 1998.

Con una conferencia sobre «Los homínidos y el proceso de humanización» abrió el «Aula abierta» **José María Bermúdez de Castro**. Los seres humanos, *Homo sapiens*, tenemos una serie de rasgos que nos distinguen de los chimpancés, los primates más próximos a nosotros en grado de parentesco. Los seres humanos caminamos sobre nuestros miembros inferiores y mantenemos una postura erguida de manera constante; tenemos un cerebro muy grande en términos absolutos y relativos al tamaño corporal (alto grado de encefalización); disponemos de una gran inteligencia, con capacidades intelectivas como la planificación, conciencia de nosotros mismos o pensamiento simbólico; tenemos una pinza de precisión entre los dedos índice y pulgar, que nos permite fabricar y manipular objetos de una manera extraordinariamente precisa; nuestro desarrollo es largo y

complejo, con cuatro etapas bien definidas: infancia, niñez, fase juvenil y adolescencia; nuestros niños nacen con un desarrollo neuromotriz muy escaso (altricialidad); disponemos de un lenguaje articulado de gran sofisticación y, en fin, nuestra estructura social es muy compleja. Pero el rasgo que mejor nos define es la cultura, un nicho específico que nos ha permitido ocupar de manera permanente la mayor parte de los hábitats de nuestro planeta.

Hace más de seis millones de años, según indican las investigaciones sobre biología molecular, el linaje evolutivo en el que figuramos los seres humanos (*tribu homini*) se separó del linaje de los gorilas y chimpancés (*tribu gorillini*). El registro fósil de los homínidos alcanza ya una antigüedad próxima a los cinco millones de años y las investigaciones de la variabilidad de los rasgos anatómicos de los fósiles han permitido a los taxónomos distinguir en esta tribu hasta cinco géneros distintos: *Ardipithecus*, *Australopithecus*, *Kenyanthropus*, *Paranthropus* y *Homo*, cada uno de ellos con una o más especies. Los tres o cuatro primeros millones de años de evolución de los homínidos ocurrieron exclusivamente en África y hace tal vez algo menos de dos millones de años se produjo la primera dispersión hacia Eurasia, protagonizada por una de las primeras especies de *Homo*.

La segunda intervención de Bermúdez de Castro se dedicó al tema del desarrollo y estrategias adaptativas de los homínidos. El desarrollo ontogenético de *Homo sapiens* es único entre los primates actuales por su duración (18 años) y complejidad. Nuestra infancia es relativamente corta (2,5 años) con respecto a la de chimpancés y gorilas (5 años) y se caracteriza, entre otros rasgos, por la lactancia, dentición decidua, desarrollo neuromotriz poco avanzado y en progreso y por un crecimiento encefálico muy rápido. La niñez es una fase nueva de nuestra evolución (novedad adaptativa) que se extiende hasta los siete años y en la que se mantienen algunos rasgos de la infancia. Nuestra fase juvenil es muy corta, pero en ella se producen cambios importantes. La dentición decidua deja paso a la dentición permanente o definiti-



José M<sup>a</sup> Bermúdez  
de Castro

va y se produce la maduración del sistema digestivo y la inmunidad del organismo. Hacia los diez años en las chicas y los doce años en los chicos comienza la adolescencia, en la que sucede la madurez sexual y el denominado estirón puberal. El importante cambio fisiológico que se produce en este período es responsable de la transición física y psicológica de los jóvenes hacia el estado adulto.

En la actualidad –concluyó– se considera que la prolongación y progresiva complejidad del desarrollo de los homínidos pudo comenzar hace en torno a los dos millones de años, con la aparición del género *Homo*, si bien los métodos y técnica actuales sólo han permitido detectar una cierta aproximación al modelo *sapiens* en la especie *H. ergaster*. La niñez pudo comenzar y consolidarse como novedad adaptativa en esta especie. El incremento de la capacidad encefálica de los primitivos *H. ergaster* durante la infancia probablemente implicó un aumento del período de la infancia.

«Marcha bípeda y el problema del parto» y «La evolución del cerebro y de la mente» fueron los temas abordados por **Juan Luis Arsuaga** en sendas conferencias. La razón de que el parto sea doloroso es la evolución y la postura bípeda. Realmente podemos establecer tres etapas en la evolución del parto: una primera de parto muy fácil, a comienzo de la evolución de los homínidos; una segunda etapa de parto biomecánicamente complejo pero no particularmente difícil, no muy ajustado; y una tercera etapa, que es la nuestra, de parto laborioso, con una dinámica compleja y al mismo tiempo un parto estrecho, difícil, en el que los diámetros del feto a término están muy cercanos a los diámetros del canal del parto.

Podemos comparar en diferentes especies de primates los diámetros del canal del parto, que es un conducto de paredes óseas que tiene que atravesar el feto a término para nacer. Curiosamente, en los primates que están más cercanos a nosotros, como son el «orangután pongo», el «chimpancé pan» y el «gorila», el parto es sumamente sencillo y, sin duda, se daba también en nuestros antepasados todavía no bípe-

dos. Nosotros en esto nos parecemos al macaco y a otros primates que están muy alejados del hombre y, sin embargo, los parientes más cercanos y los primeros homínidos tienen un parto muy holgado.

La postura bípeda se alcanza hace algo más de cuatro millones de años en la evolución humana, pero tenemos muchos datos acerca de cómo es la pelvis hace algo más de tres millones de años, de forma que podemos enfrentarnos a la historia del parto en la evolución humana a partir de un esqueleto muy famoso de un *australopithecus* femenino, que tiene un mote, Lucy, y con el que se ha estado trabajando durante muchos años para entender esta problemática obstétrica en la evolución humana en los primeros homínidos. Con la aparición de nuestra especie, el *homo sapiens*, se ha producido el último de los cambios importantes de la cadera, que es el estrechamiento del cilindro corporal, que hace que sea un parto muy ajustado. De tal modo que cuando aparece la especie de *homo sapiens*, hace entre cien y doscientos mil años, se produce una dificultad añadida al parto, que es el grado de ajuste entre los diámetros pélvicos y los diámetros cefálicos del feto a término, y eso es lo que da lugar a esa maldición bíblica de que el parto sea tan doloroso.

En su segunda conferencia, Arsuaga señaló cómo el origen de la mente humana, de la mente consciente y racional, constituye un problema para el que seguimos sin tener una explicación definitiva y consensuada. La cuestión de cuándo apareció nuestra mente es casi la última que nos queda por resolver. El origen del debate en torno a ella se remonta al libro fundacional de la biología moderna que es *El origen de las especies* (1859) de Darwin. En él Darwin no planteó el tema del origen del hombre, aunque ya hablaba de la existencia de pasos graduales en el desarrollo evolutivo humano. La teoría de la selección natural como mecanismo que ha producido nuestras características como hombres, que constituye la gran aportación de Darwin, también fue suscrita por Russell Wallace. Pero éste rechazó que la selección natural hubiese intervenido en la producción de la mente hu-



Juan Luis  
Arsuaga

mana. A partir de entonces siguió el debate dentro del campo del evolucionismo y se siguen manteniendo ambas posturas, la darwiniana y la wallaciana. Dejando al margen cualquier intento de explicación sobrenatural para explicar el origen de la mente humana, que sería impensable en el terreno de la ciencia, digamos que dentro del evolucionismo nadie discute que las capacidades cognitivas y racionales del hombre tienen un origen natural y evolutivo.

Nos encontramos con que hace 35.000 años aparecen por primera vez objetos de carácter utilitario, herramientas que, además, son portadoras de mensajes, de signos y símbolos que pertenecen a un grupo. Los primeros objetos simbólicos creados por una mente humana se sitúan, pues, en torno a hace 35.000 años.

Los homínidos encontrados en Atapuerca muestran que eran capaces de entender el funcionamiento de los ecosistemas europeos y sus ciclos estacionales, de sobrevivir en lugares en los que ningún otro primate ha podido hacerlo. El mero hecho de haber podido escapar de África muestra que tenían una mayor capacidad para comprender los fenómenos naturales que los chimpancés, que no han salido de su ambiente tropical. Esto también aboga a favor de Darwin. También en Atapuerca hemos encontrado al grupo humano, un comportamiento social de tipo moderno. En el resto de especies cercanas a las nuestras no hay grupos sociales como los nuestros, como los gibones, orangutanes, gorilas, por ejemplo. Podemos, pues, constatar la existencia de una biología social hace 400.000 años.



Eudald  
Carbonell



Juan Carlos  
Díez

Sobre «La evolución técnica» habló **Eudald Carbonell**. La evolución cultural es un producto del desarrollo humano y de la evolución biológica. Hace cinco millones de años el azar nos hizo homínidos y la lógica nos va a hacer humanos. Las herramientas de piedra y madera que construyeron los homínidos para adaptarse al entorno construyeron la inteligencia operativa, y ésta se fue sublimando hasta poder llegar a la conciencia, por lo tanto a nuestra capacidad de interpretar quiénes somos, cuándo aparecimos, cómo hemos evolucionado. Sin la

aparición de la posición bípeda, que se dio entre 5,5 y 6 millones de años, no hubiéramos podido liberar las manos para la producción de instrumentos en el exterior de nuestro cuerpo. Por tanto, hace cinco millones de años empezó el proceso de hominización, y con ella la capacidad biomecánica que influiría en la aparición de nuestras representaciones cerebrales posteriores.

Entre 3 y 2,4 millones de años un cambio climático provoca una gran aridez en el continente africano. El planeta se enfría y en África nacen ecosistemas muy variados. Homínidos que están acostumbrados a vivir en zonas arbóreas han de adaptarse a espacios abiertos, con menos árboles, a sabanas extensísimas en las que los animales depredadores son abundantes. Para esta adaptación necesitan establecer nuevas formas de obtener energía del medio y sobre todo conseguir una ingesta diferente a la que habían tenido hasta entonces. Ellos eran herbívoros, comían hojas y frutos, y para adaptarse al nuevo medio han de incorporar el consumo de carne, transformarse en omnívoros y así poder en muy poco tiempo obtener energía y sobrevivir. Y en ese mismo momento su cerebro aumenta un poco y aparece la inteligencia operativa. Estos homínidos de forma inconsciente empiezan a dejar escrita información en cantos tallados, lascas y piedras. En ese modo de golpear una piedra con otra, de fabricar una herramienta con otra, hemos de buscar el inicio de la conciencia, de la inteligencia operativa, en definitiva del proceso de humanización.

**Juan Carlos Díez** se ocupó de las «Estrategias de subsistencia». ¿Cómo era el modo de vida de los grupos humanos del Pleistoceno medio? ¿Cómo era la vida diaria, el transcurrir de los días de aquellos pobladores de la sierra de Atapuerca hace ochocientos mil y trescientos mil años de antigüedad? Nos centraremos aquí en el *Homo antecessor* y el *Homo heidelbergensis*. Entre ambos grupos hay un lapso considerable de tiempo, en torno al millón de años, dentro de un mismo sistema económico, el cazador-recolector. En cuanto salen del continente africano ocupan las áreas más meridionales de

Asia. Les encontramos a las puertas de Europa en torno a hace 1,4 millón de años. Para esta fecha ya se ha creado una nueva tecnología. Es factible suponer que la ocupación humana de lo que es el área más occidental del continente europeo se encuentre en 1,2 millones de años de antigüedad. En la Sima del Elefante, en Atapuerca, se ha encontrado una serie de fragmentos óseos con marcas de corte, calizas y sílex que parecen indicar que un ser con capacidad de crear instrumentos ya ocupaba Europa en esos momentos. Pero en Europa no encontrarán el mismo ecosistema de África. Se enfrentan a una gran variabilidad estacional, distinta de la relativa homogeneidad de los ámbitos tropicales. Estos grupos desarrollarían estrategias para consumir carne y disponer de refugios para poder alimentarse y estar a salvo de los otros depredadores. El medio ambiente, en contra de lo que se suele creer con las glaciaciones, no fluctuó tanto entre fases frías y cálidas. Hubo, sí, periodos glaciares que afectaron a la península ibérica, pero no tanto como en Inglaterra y en el norte de Europa. Los grupos humanos que vivían en la Península Ibérica y, concretamente, en Atapuerca, estaban en cierto modo salvaguardados de esos rigores climáticos que experimentó buena parte del continente euroasiático.

«La evolución del lenguaje» fue el título de la conferencia de **Ignacio Martínez Mendizábal**. El lenguaje es, ante todo, una función del cerebro, es una propiedad de la mente. En el siglo XX se tuvo la impresión de que el lenguaje habitaba –si se me permite la expresión– en dos regiones básicamente del cerebro humano: el área de Broca y el área de Wernicke. Esta última es la encargada de convertir las ideas en palabras y se comunica con el área de Broca, que planifica toda la secuencia de movimientos de los músculos que hay que generar para decir algo tan sencillo como «árbol». Cuando los homínidos mueren, sus cerebros, por supuesto, se descomponen, pero la morfología de su corteza, de su superficie externa, está impresa en las paredes internas del cerebro, y como los cerebros muchas veces se conservan es posible obtener un molde de la superficie cerebral de los homínidos del pasado. Así pudieron estudiar-

se ambas áreas, sobre todo la de Broca, que es la que más huellas ha dejado. Se vio así que restos con casi dos millones de antigüedad ya tenían un área de Broca incipientemente desarrollada, y era mucho más notable este desarrollo en humanos de cerca de un millón ochocientos mil años: su área de Broca era como la nuestra. Pero la neurobiología ha descubierto que el área de Broca no está comprometida exclusivamente con la función del lenguaje: hay otras zonas de la corteza cerebral que están implicadas cuando hablamos o escribimos. Si no podemos acceder al lenguaje de manera directa, estudiando la superficie cerebral, la otra vía de acceso es estudiar el órgano a través del cual el cerebro se manifiesta, el aparato fonador o vías aéreas superiores, que consta básicamente de las cuerdas vocales que están en la laringe, fuente de emisión sonora.

Cerró la serie **José Miguel Carretero** con una conferencia sobre «Evolución del tamaño y la forma del cuerpo de los homínidos». El tamaño de un animal cualquiera no es un capricho de la naturaleza, muy al contrario, el tamaño corporal es un factor de importancia capital en la vida de cualquier especie, 1º) porque está relacionado con muchos de los llamados «factores vitales» de nuestra vida; y 2º) porque cada nicho ecológico está asociado a un determinado tamaño corporal, que solemos llamar tamaño óptimo, y que depende, en parte, de la habilidad para conseguir y procesar alimentos. Entre el *H. ergaster* de 1,6 millones de años, y los neandertales europeos clásicos (50.000 años B. P.) el vacío de fósiles postcraneales era absoluto hasta que aparecieron los homínidos de la Sima de los Huesos y la Gran Dolina de Atapuerca. La Pelvis I de la Sima de los Huesos, apodada Elvis, nos ha aportado información crucial sobre la eficacia biomecánica de la pelvis, el dimorfismo sexual en los humanos de hace 400.000 años, la edad de muerte, la forma del cuerpo, el peso corporal, la estatura, la encefalización, el proceso del parto y la altricialidad de estos homínidos. El cuerpo de Elvis, alto, robusto y muy ancho, es el cuerpo primitivo presente en todos los representantes del género *Homo* excepto uno, el *H. sapiens*, que se ha convertido en un humano «light».

Ignacio  
MartínezJosé Miguel  
Carretero

## «Los sefardíes: una cultura del exilio»



Del 2 al 25 de abril, se celebró en la Fundación Juan March un «Aula abierta» titulada «Los sefardíes: una cultura del exilio», que impartió **Paloma Díaz-Mas**, científico titular en el departamento de Literatura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Los títulos de las ocho conferencias públicas fueron: «La formación del mundo sefardí»; «La literatura sefardí a través de la Historia»; «El mundo sefardí, amalgama de culturas»; «Letra y voz en la poesía oral sefardí»; «Oriente y occidente en la cultura sefardí»; «Encuentros y desencuentros entre los sefardíes y España»; «La imagen de los sefardíes en la España actual»; y «Presente y futuro del mundo sefardí». Reproducimos seguidamente algunos párrafos de sus conferencias.

«Llamamos sefardíes a los judíos descendientes de los expulsados de la Península Ibérica a finales de la Edad Media. El proceso de creación y consolidación del mundo sefardí fue largo y complejo: empieza ya a finales del siglo XIV, cuando la oleada de asaltos a juderías y matanzas de 1391 –y las subsiguientes conversiones forzadas– impulsaron al exilio a un número impreciso de judíos, que se refugiaron mayoritariamente en las comunidades del Norte de África. Cuando hablamos de cultura sefardí solemos distinguir tres grandes bloques geográficos: los *sefardíes del Norte de África*; los *orientales*, asentados en las tierras del Mediterráneo oriental que pertenecieron al imperio otomano; y los *sefardíes occidentales*, es decir, los que se asentaron en países de la Europa occidental. La evolución histórica y cultural de cada uno de estos tres grupos fue muy distinta. Mientras que hasta el mismo siglo XX los sefardíes del Norte de África (singularmente los de Marruecos) y de Oriente conservaron el uso de la lengua española y algunos rasgos culturales hispánicos, los de países europeos (Francia, los Países Bajos, Italia, Inglaterra) se integraron en sus sociedades de acogida y ya en el siglo XVIII no hablaban español, aunque siguieron manteniendo algunos rasgos culturales específicos, como la liturgia de rito sefardí.»

«Desde la segunda mitad del siglo XIX (y, so-

bre todo, en las primeras décadas del XX) se produce una segunda diáspora –cuyas razones analizaremos más adelante– que tiene como destino países de América del Norte (Estados Unidos, México) o del Sur (Argentina, Venezuela, etc.) y de Europa (Francia, Italia, España). Consecuencia de ello es que, desde la segunda mitad del siglo XX, los sefardíes no se encuentran en sus lugares de asentamiento tradicionales, sino en esos nuevos países de acogida.»

«En los países de su exilio, los sefardíes convivieron intensamente con otros pueblos y culturas. ¿A quién puede extrañarle que la cultura sefardí sea producto de una amalgama de influencias de lo más diversas? Es al mismo tiempo una cultura judía, de cuño hispánico y con influencia de otros pueblos musulmanes o cristianos. Uno de los ámbitos en los que se manifiesta ese sincretismo cultural es el de la poesía cantada de transmisión oral.»

«Uno de los tópicos más extendidos es el del amor de los sefardíes por España. Sin embargo, la historia de las relaciones entre los sefardíes y su país de origen está jalonada de desencuentros, entre los cuales se introduce de vez en cuando un punto de encuentro. Las primeras generaciones de expulsos tuvieron, en gran medida, mentalidad de exiliados, con un pie en la cultura hispánica y otro en las comunidades judías o criptojudías en las que vivían.»

«El contacto entre España y los expulsos se interrumpe ya a finales del siglo XVII y es total en el XVIII: España es por entonces un país sin judíos desde hace más de dos siglos, y los sefardíes viven totalmente de espaldas a su país de origen.»

«Era frecuente que los sefardíes occidentales mantuvieran vínculos con España y Portugal o incluso viajasen por razones comerciales a estos países, donde muchas veces seguían teniendo familiares.»

«¿Cuál es, por otra parte, la imagen del sefardí en la España de hoy? Una buena piedra de

toque es analizar cómo se refleja el tema judío y sefardí en la literatura española actual. España ha sido desde finales del siglo XV hasta bien entrado el XX un país sin judíos (al menos, oficialmente) y aún hoy la presencia judía en la sociedad española es mínima. Como consecuencia, los españoles han vivido durante siglos desconectados de la realidad judía, desconocedores en su mayoría de las creencias, prácticas y tradiciones del judaísmo y con una escasa información sobre la historia y la cultura del pueblo judío. Los escritores, por lo general, no han sido una excepción en ese desconocimiento, salvo en casos concretos en que, por situación personal o curiosidad intelectual, han adquirido conocimientos sobre el tema.»

«Las más recientes novelas publicadas en España sobre tema judío o sefardí no tienden ya a ver al judío como *el otro*, exótico y extraño, sino muchas veces como un aspecto del pasado histórico común o el protagonista de circunstancias y vivencias de validez universal. Hemos visto cómo los sefardíes no están, en su mayor parte, en los lugares de asentamiento de sus comunidades tradicionales. Quedan, en Oriente y Marruecos, algunas comunidades sefardíes, pero ni por número de miembros ni por vitalidad pueden compararse con la situación anterior a la II Guerra Mundial. La mayor parte se han visto abocados a la llamada diáspora secundaria y viven en los países en los que se han ido asentando por una emigración larga y constante, que se inicia ya a finales del siglo XIX y principios del XX y que se prolonga hasta después de la II Gran Guerra: Estados Unidos, Canadá, México, Venezuela, Argentina, Francia, el Estado de Israel, la misma España o múltiples otros países.»

«La mezcla de judíos de diversos orígenes y los matrimonios mixtos con gentiles (consecuencia de la laicización progresiva del mundo judío moderno) hacen que hoy sea difícil hablar de comunidades sefardíes en el sentido tradicional del término; más bien hay que hablar –en el aspecto religioso– de comunidades de rito sefardí (al que acuden judíos de otros

orígenes) y –en el de la cultura y la tradición– de sefardíes que viven aquí o allá o de comunidades judías que tienen una mayoría (o una minoría) de miembros de origen sefardí.»

«Buena parte de los rasgos culturales específicos se han diluido en la emigración, cosa lógica, ya que el emigrante aspira a integrarse en su país de destino; y más en sociedades de aluvión con gran capacidad integradora, como Estados Unidos o Israel. En Latinoamérica y España, el ambiente hispanohablante contribuye a la integración y a la pérdida de los rasgos específicos; y los sefardíes que se dirigieron a los países francófonos, por lo general ya estaban previamente afrancesados.»

«Perviven algunos usos y costumbres de fácil conservación en las nuevas sociedades de arraigo (gastronomía, determinadas tradiciones familiares). En cuanto a la situación de la lengua sefardí, es más un recuerdo de las generaciones anteriores que una realidad viva. En consecuencia, la creación literaria en lengua sefardí casi ha desaparecido y, significativamente, el género que aún se sigue cultivando algo es la poesía, por parte de algunos sefardíes que consideran el judeoespañol la lengua de su niñez.»

«Paralelamente, han surgido intentos (en Francia, Israel, Alemania o Estados Unidos) de enseñar el judeoespañol con la metodología de la enseñanza de las lenguas extranjeras. Los asistentes a esas clases son a veces sefardíes deseosos de recobrar el conocimiento de la lengua de sus antepasados, ya prácticamente perdida; pero en más ocasiones son filólogos, lingüistas o estudiantes interesados en el estudio de las lenguas, que se acercan al judeoespañol con la curiosidad que merece una rareza cultural.»

«El Parlamento de Israel aprobó recientemente la creación de una Autoridad Nacional del Ladino, organismo oficial para el fomento de la cultura en ladino (i.e. judeoespañol o sefardí), que ha emprendido ya algunas acciones para salvaguardar el patrimonio de la lengua sefardí y difundir su conocimiento.»



Paloma Díaz-Mas ha sido catedrática de Literatura Española y Sefardí en la Universidad del País Vasco y actualmente es científico titular en el departamento de Literatura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid. Ha trabajado especialmente sobre literatura hispanojudía y sefardí y sobre el romancero. Es también autora de novelas y de otros libros de ficción.

## «El laberinto de las palabras: introducción a los diccionarios»



Del 24 de septiembre al 17 de octubre, **Manuel Seco**, miembro de la Real Academia Española y autor del *Diccionario del español actual*, impartió en la Fundación Juan March un «Aula abierta» sobre «El laberinto de las palabras: introducción a los diccionarios», con la participación de **Olimpia Andrés**, colaboradora de Manuel Seco en el citado Diccionario.

Este curso pretendía mostrar la realidad de los diccionarios en todos sus aspectos, comenzando por el propio concepto de diccionario. Respecto al diccionario por excelencia –el «diccionario de lengua»– se repasaron las principales etapas de su evolución a lo largo de los siglos. Se prestó especial atención al autor del diccionario, individual o colectivo, y a las circunstancias –personales, sociales y culturales– en que desarrolla su trabajo; y al receptor de su obra, la sociedad a la que ésta va destinada: cuál es la imagen social del diccionario en abstracto y cuáles son las actitudes de los usuarios, críticos y lingüistas ante el diccionario concreto.

Los títulos de las ocho conferencias públicas fueron: «Redes para atrapar el universo»; «Trayectoria de la lexicografía»; «Las metas y los caminos del diccionario»; «Los materiales del diccionario»; «El primer nivel: la macroestructura del diccionario»; «El segundo nivel: la microestructura del diccionario»; «Los artífices del diccionario»; y «El diccionario en la calle». Reproducimos a continuación un extracto.

La primera reflexión que conocemos sobre las palabras nos llega de Platón (siglo IV a. C.), quien en su diálogo *Cratilo* debate la cuestión de si hay una afinidad natural entre la forma de las palabras y sus significados, o si, por el contrario, la relación entre unas y otras es arbitraria, como resultado de un acuerdo entre los individuos. Sin embargo, los balbuceos de la lexicografía, las formas más elementales del diccionario, están en las glosas, cuyo origen se sitúa en el siglo V a. C., y que son breves explicaciones puestas en lengua corriente a las palabras difíciles de los textos poéticos. Más adelante las glosas elucidan voces no literarias: dialectalismos y tecnicismos. Diversas series de glosas se reunían en listas

–*glosarios*– de moderada extensión.

Las glosas y los glosarios, formas embrionarias del diccionario, tuvieron amplio desarrollo en la Edad Media. En nuestra Península son relativamente numerosas las glosas conservadas. Muchas explican en latín palabras de textos latinos, pero otras dan la equivalencia mezcladamente en latín o en lengua romance, o exclusivamente en romance. Estas glosas que dan testimonio de la lengua hablada por todos en la vida diaria son las que más interesan para nuestra historia. Entre ellas destacan las famosas *Glosas emilianenses* y *silenses* (siglo XI), aunque tienen más importancia para la historia de nuestra lexicografía los glosarios latino-romances de los siglos XIII al XV.

El verdadero comienzo de nuestra lexicografía está en el *Lexiconlatino-español* (1492) y el *Vocabulario hispano-latino* (1495) de Antonio de Nebrija, obras que sorprenden por el rigor del método y por la novedosa objetividad científica. Sebastián de Covarrubias es, con su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), el autor del primer diccionario monolingüe, no sólo de nuestra lengua, sino de las lenguas vivas europeas. La lexicografía española entra en su mayoría de edad en el siglo XVIII con el *Diccionario* (1726-39) de la Real Academia Española, llamado «de Autoridades».

La era electrónica comenzó para la Academia en 1993, poniendo en marcha la formación de dos corpus, uno sincrónico, Corpus de Referencia del Español Actual (CREA), y otro diacrónico, Corpus Diacrónico del Español (CORDE), que entre los dos ya reúnen cerca de 300 millones de registros, aunque todavía no están en sazón para ser utilizados de manera sistemática en las empresas lexicográficas de la Institución.

En su forma habitual, el diccionario está constituido por una larga serie de mensajes formados por un elemento lingüístico (normalmente una palabra) seguido de un enunciado que da información sobre ese elemento. Ese mensaje, «elemento lingüístico» + «información sobre él», es el artículo o *entrada*, y el elemento

lingüístico con que se inicia es el *lema*. (Denominaciones no unánimes: para algunos, entrada es el *lema*, y para otros *lema* es la entrada). Pues bien, se llama macroestructura –o nomenclatura– el conjunto de las entradas o artículos, y microestructura el conjunto de las informaciones contenidas en cada artículo del diccionario. Las dos estructuras, macro y micro, definen la estructura total de una obra de este género.

Cuando, en 1981, murió María Moliner, desaparecía la única representante de una tradición de lexicógrafos de nuestra lengua que había durado casi quinientos años y cuyo distintivo común era haber realizado uno o varios diccionarios con sus solas fuerzas. La lexicografía individual en España cuenta en su historia con una serie de figuras cuyos nombres son un santoral laico para quienes hoy cultivamos el género: Nebrija, Covarrubias, Terreros, Salvá, Domínguez, Toro Gisbert, Casares, Moliner. La preparación de un diccionario exige en sus redactores, y mucho más en su director, un excelente dominio del idioma: conocimiento a fondo, y no puramente teórico, de sus estructuras, y perfecta capacidad para la expresión escrita ajustada a la norma culta de la lengua, exenta de cualquier rasgo dialectal. Pero la redacción lexicográfica no implica sólo corrección formal, sino claridad, precisión y concisión. Por descontado, es necesario poseer una ortografía segura, donde tiene singular importancia la puntuación. A todo esto se añade el requisito de una decorosa cultura, no sólo literaria, sino general. No se trata de «saberlo todo», sino de saber dónde se pueden buscar las cosas.

Hay un interés general en la gente por los diccionarios. Todos los libros que se llaman así, sean de la materia que sean, tienen el rasgo común de que todo su contenido está ordenado según las letras del alfabeto. El orden alfabético es la llave que proporciona acceso fácil y rápido a la información que se busca en el libro, y es obvio que esa facilidad es determinante de la gran aceptación de este género de publicaciones en el mundo moderno. En lo que respecta al conocimiento del idioma, el léxico es

el elemento más fácil de identificar para los hablantes. Por eso la herramienta del alfabeto, aplicada a las palabras del idioma, es para todos el medio más directo de reflexionar sobre la propia lengua. En ninguna lengua se da un caso más longevo que, en la española, el de la tradición del *Diccionario* académico, aunque en los últimos decenios esta obra empiece a compartir culto con creaciones modernas.

Se observa en general falta de preparación para entender adecuadamente el diccionario. Cuanto más perfecta es la obra, peor comprendida y peor aprovechada. Naturalmente, aquí sí hay que hablar de honrosas excepciones. Pero urge hacer algo para que unas obras que nacen para ser útiles lo sean de verdad. Es necesario, por un lado, incluir o fomentar en los programas de enseñanza el adiestramiento en el uso de estos instrumentos, cada vez más indispensables en la vida de hoy; y por otro, dotar a los diccionarios de una mayor facilidad de manejo. Lo primero depende de quienes gobiernan la educación y de quienes la ejercen. Lo segundo, de los mismos lexicógrafos, intensificando la búsqueda de la claridad, y de sus editores, haciendo materialmente más cómoda la consulta del libro.

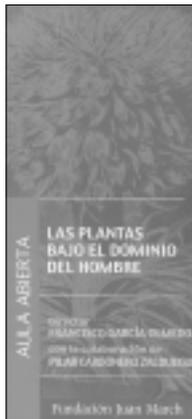
Desde el boom del interés por el fenómeno diccionario, sobrevenido en la segunda mitad del siglo XX, han brotado en forma creciente los estudios y estudiosos relacionados con esta clase de obras y con sus autores, hasta entonces poco menos que considerados, como decía Samuel Johnson, no discípulos, sino esclavos de la ciencia.

El conocimiento de los diccionarios, para aproximarse a un grado aceptable de perfección, no puede limitarse al mero trato de su consulta, ni a las enseñanzas de la metalexigrafía. Necesita asomarse a su taller de redacción. Con tal propósito, en este curso de «Aula abierta» sobre el mundo de los diccionarios, **Olimpia Andrés**, encargada de las clases prácticas, las dedicó –aparte del comentario de páginas de diversos diccionarios notables– a mostrar *prácticamente* recursos importantes para la composición de un diccionario moderno.



Manuel Seco fue redactor jefe y, de 1981 a 1993, director del Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, donde se compilaba el *Diccionario histórico de la lengua española*. Autor del *Diccionario del español actual*, publicado en 1999, con la colaboración de Olimpia Andrés y Gabino Ramos. Miembro de número de la Real Academia Española, ha pertenecido a la Comisión Asesora de la Fundación Juan March.

## «Las plantas bajo el dominio del hombre»



Del 22 de octubre al 14 de noviembre, se celebró en la Fundación Juan March un «Aula abierta» sobre «Las plantas bajo el dominio del hombre», que impartieron **Francisco García Olmedo**, catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de Madrid (seis conferencias), y **Pilar Carbonero Zalduegui**, también catedrática de la misma materia en la citada Escuela (dos conferencias). Los títulos de las ocho sesiones fueron: «Plantas y humanos en el Edén»; «El invento de la agricultura»; «De los grandes viajes a la hibridación vegetal»; «Los guisantes de Mendel»; «La revolución verde»; «La ingeniería genética vegetal»; «De genomas y plantas»; y «Vegetales para el siglo XXI». Reproducimos seguidamente algunos párrafos de sus intervenciones.

«Durante casi toda nuestra existencia como especie culta, desde hace no menos de mil milenios y hasta hace apenas diez, los humanos hemos hecho vida de cazadores-recolectores, y nuestra biología y nuestros instintos son los que se acuñaron en ese largo periodo, no los que pudieran corresponder a los efímeros aunque potentes retos de la sociedad agrícola o de la industrial. De aquí la importancia que esta pesquisa sobre cómo éramos tiene para conocer quiénes somos en la actualidad.»

«Puede decirse que el hombre contemporáneo es el resultado de un matrimonio mal avenido entre una herencia genético-fisiológica acuñada en el paraíso de los cazadores-recolectores (en diez milenios no ha habido tiempo de cambiarla) y una herencia cultural principalmente cocida en el infierno urbano contemporáneo. La cultura perdida, la del ser humano en el paraíso, parece que incluía amplios conocimientos botánicos y biológicos (ciclos vitales, propiedades del material vivo, toxicidad, etc), conocimientos agrícolas pretecnológicos (siembra y recolección, preparación del terreno, riego, etc.) y había instaurado un tímido derecho de propiedad colectivo. El desarrollo de las plantas cultivables –el proceso de domesticación– fue la culminación de una tecnología cuyos elementos esenciales se habían venido practicando en los milenios inmediatamente

anteriores. Aunque un mayor esfuerzo para una misma cantidad de alimento, la práctica agrícola permitió alimentar a un número mucho mayor de personas por unidad de superficie. Con el invento de la agricultura la dieta pasó a depender mayoritariamente de un alimento básico (trigo, arroz, maíz, etc.), y esto supuso una mayor probabilidad de sesgo en el suministro de nutrientes (enfermedades carenciales), la aparición del consumo de alcohol obtenido por fermentación del grano básico, la aparición de hambres bíblicas por pérdida catastrófica de la cosecha principal y la posibilidad de almacenamiento excesivo de alimentos por parte de algunos individuos (pobres y ricos), entre otras consecuencias.»

«Con los grandes viajes tiene lugar la primera globalización del material vegetal domesticado, así como de las malezas o malas hierbas. La aceptación de lo nuevo sigue un camino desigual y a menudo tortuoso: el pimiento, el maíz, la patata y el tomate, entre otros, viajan a Europa, mientras que la caña de azúcar, el trigo y la cebada viajan al nuevo mundo. Con Linneo (1707-1778), la ciencia moderna es el instrumento principal en la conquista del Reino Vegetal por la especie humana. En una época en la que el descubrimiento de la nueva Flora se estaba haciendo a un ritmo sin precedentes, no vuelto a repetir, en Europa prevalecía la idea de que las especies eran estables y reflejaban el plan de Dios el primer día de la creación, el orden de la Naturaleza. Linneo rompe con los usos corrientes –anteriores y posteriores– que trataba de adivinar dicho plan y reflejarlo en la taxonomía, y propone un sistema artificial pero fácil, protagonizado por las características de los órganos sexuales, y una nomenclatura binómica (en latín) que viene a sustituir a un inmanejable sistema polinómico. El acierto consiste en separar la función diagnóstica de la denominativa. En el siglo XVIII se inician los primeros experimentos sistemáticos de hibridación vegetal (se descubre la sexualidad de las plantas) y se inician las primeras empresas comerciales de semillas en Francia (Vilmorin) y en Inglaterra (Vietch) que habían de perdurar hasta nuestros días.»



Francisco García Olmedo es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la ETS de Ingenieros Agrónomos de Madrid y miembro de la European Molecular Biology Organization. Fue miembro del Consejo Científico del Centro de Reuniones Internacionales sobre Biología, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones. Premio de la Real Academia de Ciencias.

«Con el descubrimiento de las leyes fundamentales de la Genética en cruzamientos realizados con guisantes, con las teorías evolutivas de Darwin, con la teoría cromosómica de la herencia (Sutton, Boveri) y con las aportaciones de Barbara McClintock, se cumpliría el siglo (mediados del XIX a mediados del XX) más brillante del largo esfuerzo del hombre por poner al Reino Vegetal bajo su dominio y se contribuiría a la gran síntesis mendeliana-darwiniana que sirvió de base a la biología moderna.»

«Se llamó *revolución verde* al sostenido incremento de la producción de alimentos que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XX, gracias a la mejora vegetal moderna. Según Borlaug, ésta consiste en la introducción consciente de diversidad genética en las poblaciones –por cruzamiento de progenitores con características sobresalientes y complementarias– y en la selección de plantas con genes que confieren los caracteres agronómicos deseados, hasta alcanzar niveles altos de adaptación, uniformidad genética y estabilidad agronómica.»

«La ingeniería genética es sólo un método más –una modalidad más de mejora genética– y sólo sirve para modificar uno o pocos genes de forma muy selectiva. Mediante la nueva tecnología se puede alterar un genoma por la adición de uno o varios genes que previamente no formaban parte de él o por la inutilización de uno o varios genes entre los ya existentes. Estas operaciones se hacen para conferir caracteres deseables y para eliminar caracteres indeseables del organismo, respectivamente, objetivos que no difieren de los de la mejora genética tradicional.»

«Los genomas de virus, bacterias, plantas y animales, que han requerido el diseño de potentes aparatos de secuenciación automática del ADN y el desarrollo de sofisticados programas bioinformáticos, han supuesto considerables inversiones cuya justificación se basa en que la información cifrada en el ADN de un organismo condiciona toda su biología, cómo, cuándo y dónde se expresan sus genes. Esta información, que en el caso del genoma humano tiene

indudables connotaciones biomédicas y filosóficas, en otros organismos, consideraciones evolutivas y prácticas aparte, tiene un interés básico ya que la comprensión de sus biología sólo se alcanzará cuando se llegue a conocer la función de todos y cada uno de sus genes. En plantas se han completado los genomas de la planta modelo *Arabidopsis thaliana* y del arroz, un cereal que es la base de la alimentación de millones de seres humanos. Ante el nuevo siglo, se siguen asumiendo los objetivos de las etapas anteriores, pero se abre la posibilidad de plantear otros nuevos que no se podían abordar con las técnicas clásicas. Entre los objetivos nuevos se incluyen todos aquellos que implican la introducción de genes que proceden de fuera del reino vegetal para obtener aplicaciones o productos distintos de los tradicionales: nuevos productos industriales no alimentarios –como por ejemplo, plásticos biodegradables– que pueden suponer una significativa demanda potencial de suelo laborable; productos farmacológicos, de alto valor añadido y baja demanda de suelo; plantas útiles para la descontaminación ambiental (fitoremediación) o para otras aplicaciones medioambientales.»

«Se dice con mucha frivolidad que la solución del problema del hambre en el mundo carece de una componente tecnológica, ya que se trata de un mero problema de reparto. Los que eso dicen ignoran que, aunque en efecto el hambre no es sólo un problema técnico, sí que tiene una componente técnica esencial. Así, en muchas regiones del mundo coexiste el hambre con los excedentes alimentarios. Es su precio la barrera que separa al alimento del hambriento.»

«A medio y largo plazo, no debe haber duda de que la nueva tecnología acabará consolidándose. La mejora genética vegetal –la mendeliana junto a la molecular– es una de las herramientas más poderosas que pueden ayudarnos a aumentar los rendimientos de la actividad agrícola y a hacer ésta más compatible con el medio ambiente. Desde el punto de vista de los países menos favorecidos, el peligro no es que se aplique la nueva tecnología sino que no se aplique.»



Pilar Carbonero es catedrática de Bioquímica y Biología Molecular de la ETS de Ingenieros Agrónomos de Madrid, miembro de la EMBO y de la Comisión Nacional de Bioseguridad. Ha dirigido la División de Genética Molecular de Plantas del Centro Nacional de Biotecnología. Premio de Investigación de la Fundación de la Universidad Politécnica de Madrid.

## «O'Keeffe y su tiempo»

Los días 4, 5, 11 y 12 de marzo, la Fundación Juan March organizó en su sede un ciclo de conferencias bajo el título «Georgia O'Keeffe y su tiempo», con motivo de la exposición «Georgia O'Keeffe. Naturalezas íntimas», que se exhibió del 8 de febrero al 2 de junio en esta misma institución. Estas conferencias corrieron a cargo –dos cada una– de **Amparo Serrano de Haro**, profesora titular de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia («O'Keeffe y Stieglitz: pasión creativa» y «O'Keeffe y la épica del paisaje americano»), y **Estrella de Diego**, profesora de Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense, de Madrid («Irse: el viaje americano como exilio interior» y «Alfred, el marido de O'Keeffe»). A continuación se ofrece un resumen del ciclo.



Amparo Serrano de Haro es doctora de Historia del Arte y profesora titular en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha impartido cursos y conferencias sobre temas de arte contemporáneo, cine y literatura. Autora de novelas (*Mujeres de mármol*, 1999, y *Nocturno de Nueva York*, 2002) y ensayos (*Palabra y pintura. La tradición crítica anglonorteamericana de 1850 a 1950*, 2000, y *La mujer en el arte. Espejo y realidad*, 2001).

Para **Amparo Serrano de Haro**, la vida y la obra de Georgia O'Keeffe pueden dividirse en dos etapas principales: «En primer lugar, la que corresponde a los años más intensos de su relación con el fotógrafo y galerista Alfred Stieglitz, lo que va a determinar su permanencia en Nueva York (ciudad y Estado) de 1918 a 1929 y los temas que esta estancia le sugieren: por una parte rascacielos, geometrías urbanas, y también el paisaje campestre del norte del Estado de Nueva York: bosques, flores, granjas, lagos, con su seguimiento del cambio estacional a cargo de crepúsculos, de hojas caídas, o las vibraciones colorísticas características de la primavera. En segundo lugar la que sigue a su descubrimiento del paisaje de Nuevo México en 1929 y que cambiará de modo significativo, sus temas (montañas, valles, espacios, huesos de animales) y su organización vital, ya que empezará a pasar la mitad del año en Taos, hasta la muerte de Stieglitz en 1949 cuando se instalará allí definitivamente (descontando una serie de viajes que emprende alrededor del mundo) hasta su muerte en 1986».

«Aunque es imposible saber qué habría sido de O'Keeffe si no hubiese conocido a Stieglitz, los dibujos abstractos que ella le envió

en 1916 ya son testimonio de una personalidad artística autónoma con tendencia a desarrollar problemas formales en los que late un extraño misticismo. Pero cuando Stieglitz exclamó (la archiconocida y quizás apócrifa frase): «Al fin, una mujer sobre papel...» dio lugar a la creación de una leyenda y más tarde un mito. Para la pintora entrar en el mundo de Stieglitz fue entrar en contacto con el cenáculo de la modernidad más ilustrada e interesante que existía en la ciudad de Nueva York y casi podríamos decir en el conjunto de los EE UU.»

«Desde principios del siglo XIX el paisaje se planteó como la escena pictórica propiamente norteamericana; aquella que encarnaba la visión natural de un país que carecía de pasado memorable. En ese siglo surge la Escuela del Río Hudson como un grupo de pintores que dan primacía a la fuerza de la visión natural norteamericana sobre el conocimiento técnico y la sofisticación europea. Estos pintores convierten su búsqueda del paisaje en un peligroso viaje que requiere de atrevimiento y valentía. De algún modo O'Keeffe es la heredera natural de estos artistas: ella que sólo viajó fuera de EE UU pasados los cuarenta años y combina en su relación con la naturaleza de Nuevo México, la fortaleza y el estoicismo de los pioneros.»

«Pero no es la única tradición a tener en cuenta en la visión de la naturaleza de O'Keeffe, también puede verse en su pintura de flores un recurso artístico tradicionalmente femenino, casi victoriano. Lo interesante es que ella se arriesga a hacer en una escala grande, una escala de paisaje, lo que ha sido siempre considerado un género menor y que el resultado es impactante. Convierte lo sentimental en épico.»

«En su acercamiento a la naturaleza presenta dos tipos de obras: objetos y espacios. Pero no suelen estar mezclados. Es curioso, contradictorio en ella encontrar un paisaje con todos sus aderezos de montañas al fondo, árboles en plano medio y florecillas en primer plano. Trata cada uno de los elemen-

tos por separado, o bien el espacio, o bien la montaña, o bien el árbol o la flor –el plural no se ajusta a sus intereses más conceptuales– y eso dota de un carácter netamente individual, concreto a cada uno de los elementos naturales que ella elige.»

«A la vez el proceso de abstracción al que somete a cada uno de los elementos representados elimina contingencias de tiempo y –casi– lugar, eliminando todo detalle superfluo. Elige una perspectiva frontal que acentúa la objetividad con la que son creados más que pintados. Sus flores no tienen estación. Sus hojas no tienen textura, sólo forma y color. En todas sus obras, los objetos no responden a una luz exterior, sus sombras son más características que reales, sino que su luz procede del interior. Parecen palabras, ideogramas, más que objetos. La idea de vacío, de estructura última, queda patente en la representación de los huesos que hace desde Nuevo México. La sencillez, la elementalidad de estas obras parecen responder al carácter norteamericano que se fragua en la Escuela del Río Hudson, desnudo de florituras, va directamente al hueso, al núcleo fundamental.»

El «viaje americano» y la relación de O’Keeffe con Stieglitz también fueron tratados por **Estrella de Diego** en sus conferencias: «Durante el lapso de tiempo que separó la primera muestra individual de O’Keeffe, en la galería 291 de Stieglitz, en mayo de 1917, de la exposición de la artista en las Galerías Anderson en 1923, Stieglitz se había movido para mantener a O’Keeffe visible, por un lado mandando sus lienzos a exposiciones colectivas y, por el otro, a través de sus propios retratos fotográficos de la artista, expuestos en 1921. Durante esos años la crítica había aprendido a ver la obra de O’Keeffe como la esencia de lo ‘femenino’, la huella del mundo de una mujer, su cuerpo, la extensión de su cuerpo en las líneas y los colores del lienzo. ‘Por fin una mujer sobre el papel. Una mujer que se entrega. El milagro ha ocurrido’, dicen que comentó el fotógrafo al referirse a las primeras obras de O’Keeffe».

«¿Y si el milagro al cual aludía Stieglitz en sus supuestas declaraciones se refería más a la aparición de O’Keeffe como preludio de la necesaria y esperada modernidad americana? Por fin, una pintora moderna americana. Más aún. ¿Y si los ojos de los que miraban vieron cuerpos donde sólo había líneas y colores –en aquel año de 1917– porque la verdadera obscenidad residía en la ausencia de lo figurativo? ¿Y si O’Keeffe era un síntoma más de cierto ‘sueño americano’, de la urgencia de ese sueño más bien? ¿O’Keeffe feminista? ¿O’Keeffe americana, moderna –modernist–, iniciadora del sueño de modernidad americana que se haría realidad tangible en los años 50 del siglo XX a través de la Escuela de Nueva York? Hay que revisar esas dos etiquetas a través de las cuales O’Keeffe ha pasado a la posteridad: modernista en el sentido americano, lo moderno, el nuevo arte que se consolida en los años 50, y feminista.»

«¿O’Keeffe víctima de Stieglitz? ¿Su verdugo? ¿O’Keeffe y Stieglitz como protagonistas de ‘un romance americano’? ¿O’Keeffe heroína al trasladarse a Nuevo México? ¿O sencillamente otro personaje más en busca del exilio interior, en busca de América, como tantos americanos, harta más del paisaje que del marido? O’Keeffe pintaba lo que tenía delante, aunque lo abstractizara. Sus pinturas de Nueva York lo prueban.»

«Para cualquier norteamericano, O’Keeffe no es sólo de la familia: es una de las más grandes artistas americanas y de las más reproducidas que, desde muchos puntos de vista, ha sido capaz de eclipsar al marido. Y de hecho, llevarse a casa una tarjeta o un calendario de O’Keeffe es llevarse a casa un trozo de la historia de los Estados Unidos y, más aún, un trozo de esa historia particular de la artista que, hasta para aquellos que no la conocen en detalle, resulta sugerente, heroica, novelesca. Georgia O’Keeffe es, sobre todo, una pintora americana. La pintora americana por excelencia. Para los norteamericanos Georgia no es la mujer de Stieglitz: Alfred es el marido de O’Keeffe.»



Estrella de Diego es Doctora en Historia del Arte y profesora de Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense de Madrid. Ha ocupado la cátedra Juan Carlos I de Cultura y Civilización Españolas de la Universidad de Nueva York. Autora de *La mujer y la pintura del XIX español* (1987), *El andrógino sexuado* (1992), *Arte contemporáneo* (1996) y *Tristísimo Warhol* (1999) y de *El filósofo y otros relatos sin personajes* (2000).

## «Turner y el mar»

Como complemento de la exposición «Turner y el mar» que se exhibió en la Fundación Juan March entre el 20 de septiembre de 2002 y el 19 de enero de 2003 (y de la que se informa más ampliamente en el capítulo de Arte de estos mismos *Anales*), esta institución programó en su sede, los días 19, 21, 26 y 28 de noviembre, un ciclo de conferencias sobre el mismo, que impartieron, respectivamente, **Javier Arnaldo**, catedrático de Historia del Arte de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense y conservador del Museo Thyssen-Bornemisza («Turner y Caspar David Friedrich»); **Carmen Pena**, catedrática de Historia del Arte de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense («Turner: teoría y práctica del color»); **Francisco Calvo Serraller**, catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense, académico de Bellas Artes y crítico de arte de «El País» («El mar»); y **Begoña Torres**, directora del Museo Romántico de Madrid («J. M. W. Turner, un romántico en la vanguardia de la sensibilidad»).

A continuación ofrecemos un resumen de sus intervenciones.



Javier Arnaldo

«Dos de los máximos exponentes de la pintura de paisaje del primer Romanticismo, Friedrich y Turner, nacidos, respectivamente, en 1774 y 1775, –explicó en su conferencia **Javier Arnaldo**– consiguieron granjearse para el género del paisaje una función representativa comparable a la que hasta entonces había ostentado la pintura de tema. Friedrich hizo de la pintura de paisaje algo equivalente a la pintura religiosa y Turner la privilegió como espacio de la pintura de historia. Los dos autores denotan una voluntad de manumisión y transformación del género. Turner y Friedrich no tomaron conocimiento recíproco de sus obras. Desde esta circunstancia, sin embargo, se hacen más llamativos sus parecidos que sus diferencias. Existen, de hecho, categorías estéticas que tienen valor interpretativo en su época que afectan a ambos.»



Carmen Pena

«Y la pregunta que nos queremos plantear es precisamente qué es lo que distingue los modos de operación semántica de la pintura de

Friedrich de otras posibilidades del paisaje romántico. O, a la inversa, qué ocurre con las singularidades de Turner en relación al paisajismo de su época. Friedrich y Turner son, en buena medida, los grandes paradigmas del Romanticismo en los que más se ha fijado el siglo XX.»

«La naturaleza dramatizada de Turner es siempre plasmación plástica de una experiencia sensible, de la observación directa y arrobada de las acciones de la propia naturaleza. Su compromiso profundo con la recreación de sensaciones de color y de luz, incluso en los paisajes históricos, legitima el comentario que hace Ernst Gombrich sobre Turner cuando afirma en *Arte e ilusión*: ‘Sobre el planteamiento del paisajismo de Friedrich no puede decirse lo mismo. En su obra al óleo refleja una conciencia muy pregnante e intelectualizada de la naturaleza. Los objetos de la naturaleza se tratan en su pintura por vía de la introspección, se convierten en sujetos de una vida interior’.»

Para **Carmen Pena**, «la modernidad de Turner corresponde a su época, y no es lo que representa sino cómo lo representa donde reside su *look* de adelantado: ese cómo lo representa es de una modernidad que atañe al uso del color, así como a su tratamiento de la técnica de la acuarela para estudios, bocetos inacabados u obras terminadas en esa técnica: ambos se hacen más libres, personales y radicalmente pioneros de lo mental y lo abstracto sobre todo en la pintura del mar, en ese lugar sublime por su amplitud inabarcable que hace referencia al vacío y a la representación de lo etéreo e ingrátido, así como al desbordado movimiento vertiginoso y amenazador, que se representa en los torbellinos de aire y agua. En un determinado momento de su obra, más o menos a comienzos del s. XIX, deja de reproducir los lugares elegidos normativa y sistemáticamente por los teóricos para encontrar las cualidades de lo sublime en una elaboración cromática mental de la sensación, traducida a efectos plásticos.»

«Entre el estudio dibujado o a la acuarela que Turner tomaba de la realidad y la realización del óleo mediaba mucho tiempo, de manera

que este espacio de tiempo entre ambos separaba la visión directa de la visión representada: la imagen surgía de la impresión visual y era después reconstruida por la memoria.»

«Las marinas –señaló **Francisco Calvo Serraller**– se desarrollan de una manera subsidiaria respecto al nacimiento del paisaje como género autónomo, que es algo que se produce a partir del siglo XVI. Turner era un amante del mar en una cultura que estaba volcada al mar y en un momento en el que esa cultura había marcado su imperio, aunque era hijo de un barbero, que hizo algunos viajes y no era ciertamente un esforzado marino. Pero tenía esa admiración por el mar, que tiene la gente de tierra, bien por la idea de la magnificación del naufragio o bien –algo que no se dice mucho de Turner– por su intención de meter historias en sus obras. Sólo al final de su vida se libera de ese intento de dar como un carácter literario a su pintura. Turner utiliza el agua como un espejo, como una prolongación, que luego utilizarían tanto los impresionistas, y ha adquirido también esa lección de la dramatización del cielo. Otro tema que a Turner le interesó mucho es la evolución de los barcos, un mundo marino en constante cambio. Es un mundo un poco elegíaco.»

«El mundo del naufragio interesa mucho a todos los pintores de la época, no sólo a británicos y a alemanes, y hay buenos ejemplos en la pintura francesa (Géricault, Delacroix, etc.). A mediados del siglo XIX coinciden en la costa normanda Delacroix, Courbet y un adolescente Monet, que empieza a pintar y, de repente, su forma de enfrentarse al tema del mar supone un sesgo revolucionario, porque todo ese afán de dramatizar desde el punto de vista épico, sublime, queda congelado en función de una visión puramente naturalista del mar. Y el salto definitivo lo da un pintor, maestro de Monet, Boudin, que no sólo reincide en esta línea de normalización y de auténtica fruición estética del paisaje marino, sin más connotaciones, sino que empieza a descubrirnos esa extraña cosa, que hubiera sorprendido a los anteriores, que era la gente en la playa, algo realmente insólito. Estamos ya a finales del siglo XIX, con

unos burgueses endomingados tomando el aire en la playa. La playa se convierte en un ambiente de ocio estival, de placer. Monet va ser el gran pintor del mar, el que radicaliza todos estos elementos y es autor de unas sorprendentes, formidables marinas.»

Por último, **Begoña Torres** contempló la obra de Turner a la luz de tres conceptos fundamentales: romanticismo, vanguardia y sensibilidad. «Lo que verdaderamente distingue a la mente romántica –señaló– no es tanto el procedimiento en el proceso de creación, como una concepción del mundo nueva y revolucionaria. En este sentido, tradicionalmente muchos estudiosos han valorado a W. Turner únicamente como un innovador en materia pictórica, es decir, se ha subrayado en él la primera vertiente –el procedimiento en el proceso de creación– y se ha tenido menos en cuenta la significación de su pintura. Una mirada más atenta permite vislumbrar en el artista características de sensibilidad, visión imaginativa, intensidad ideológica que, junto a las ya ponderadas novedades técnicas, le convierten plenamente en un romántico. Encontramos en Turner dos impulsos que, aparentemente, pueden parecer contradictorios: de un lado, elevar y hacer más compleja la significación de la pintura de paisaje; de otro, llegar a una nueva forma de pintar, en contra de las convenciones, que pueda transmitir la intensificada experiencia sensorial del flujo de la naturaleza.»

«En cuanto al concepto de vanguardia, su aplicación a un pintor romántico como Turner puede parecer, a primera vista, poco adecuado. La ideología –compartida por Turner– del artista autónomo, elegido, desemboca en un elitismo, en una aristocracia del genio, que será un ingrediente que ya no abandonará al arte de nuestros días. En cuanto a la sensibilidad, utilizamos el término, no en su sentido habitual ('propensión a dejarse llevar por afectos de compasión, humanidad y ternura'; en este sentido sería muy débil la frontera que separa la sensibilidad de la sensiblería), sino en una acepción próxima a la que emplearon los primeros románticos, es decir, como 'la facultad de sentir', de experimentar sensaciones.»



Francisco Calvo  
Serraller



Begoña Torres